

## CAPITULO LXV.

### Nuevo costeo de Cuba.

**D**EJEMOS á Pedro Margarite intentando explorar el Cibao, y Alonso Velez mandando la fortaleza de Santo Tomás, que más tarde veremos las escenas en que uno y otro tomaron parte.

Sigamos á Colon que proyectaba, miéntras sus capitanes exploraban aquella mansion del oro, no desengañado aún de sus ilusiones, hacer un viaje para descubrir al Cathay y los demas países del extremo oriental del Asia que deseaba encontrar, porque tan magnífica pintura de ellos habia leído en los escritos de Marco Polo.

Resolvió costear toda la isla de Cuba, desde el paraje en donde la habia abandonado en la primera expedicion, para explorar despues el Sur.

Pasando por Monte Christi, se detuvo en el puerto de la Navidad.

Uno de los indios que habian acompañado al cacique que tanto habia intercedido en favor de su compañero condenado á muerte, habia dicho á Diego el intérprete que Guacanajari habia vuelto con los suyos al territorio de Marien.

No podia acostumbrarse Colon á la idea del perjurio del rey de Haiti.

Atribuía su fuga á influencias de los otros caciques, y no dudaba que si podia tener una entrevista con él, volvería á

reconquistar su amistad, más que nunca preciosa para él en aquellos momentos.

Ancló, pues, por lo tanto, en la fortaleza de la Navidad, y envió á Diego con algunos hombres á que ofreciese de su parte el perdon á Guacanajari, invitándole á que pasase á bordo para celebrar con él una entrevista.

Era cierto que Guacanajari, al saber que los españoles se habian establecido en la colonia de la Isabela, habia vuelto á su territorio y aliviaba sus penas con el amor de Flor de Palma.

Pero este lazo que le habia unido con la jóven india de Boriquen, debia ser el enemigo más formidable que tuviera su reconciliacion con el almirante.

Sintió en extremo Guacanajari haber vendido á aquellos hombres que tan bien le habian tratado, que tantos agasajos le habian hecho y que eran para él enviados del cielo.

A estar solo, la llegada de los buques al puerto le hubiera hecho acudir en seguida á implorar gracia de Colon.

Pero Flor de Palma, que le dominaba por completo, apenas tuvo noticia de que se divisaban las carabelas:

—Vienen en busca nuestra, le dijo, es preciso que huyamos á donde están Caonabo y los valientes guerreros que han de librarnos de la opresion de los españoles.

Guacanajari obedeció á su amada y se retiró con los suyos, razon por la cual los enviados de Colon encontraron desiertas las aldeas de Marien.

Fué preciso renunciar á aquella esperanza y continuar el viaje llegando el 29 de Abril al puerto de San Nicolàs, desde donde se descubrió el confin de Cuba, que habia llamado en su anterior viaje Alfa y Omega.

Los naturales del país le llamaban Bayatiquiri, y es el que hoy se conoce con el nombre de Punta Maysi.

Un canal de diez y ocho leguas de latitud abrió camino á las embarcaciones, y costeano el Sur de Cuba, llegaron las carabelas á un puerto cuya extension inspiró al almirante el nombre de Puerto Grande. (J)

A poca distancia descubrieron los marineros algunas chozas, y los hogares, que despedían humo en varios sitios, indicaban que aquel país estaba poblado.

Desembarcó Colon con algunos hombres y con su intérprete, se acercó á la choza, recorrió las orillas del lago y halló las habitaciones desiertas, los hogares abandonados.

Todos los indios habían huido al ver las carabelas, refugiándose en las montañas y en los bosques.

Sin duda alguna les habían sorprendido en el momento en que se preparaban á celebrar un festin, porque en las chozas sobre todo había ya preparados peces, utías y guanacos, que vinieron como llovidas del cielo á los españoles, cuyas provisiones, como ya he dicho, escaseaban en alto grado.

Después de saborear aquellos manjares, vieron en lo alto de una colina á una porcion de indios que los estaban observando, con el terror pintado en el rostro.

Colon dispuso que fueran á su encuentro, y apenas comenzaron á andar en aquella direccion, desaparecieron los indios como temerosos de que les cogieran.

Uno solo que observaba las señas que le hacían los españoles, se detuvo.

Diego el intérprete se acercó á él, le manifestó en nombre de su amo que iban animados todos de las mejores intenciones, que les brindaban paz y amistad, y que si acudían á su encuentro les ofrecerían regalos preciosos.

Esto bastó para que, apaciguado el temor de los naturales del país, acudiesen al lado de los españoles, mostrando en sus maneras y en sus palabras un carácter pacífico y tan afectuoso como el de los habitantes de Haiti.

Entonces supo Colon que los manjares que habían devorado sus compañeros estaban preparados para un banquete con que el cacique de aquella parte de la isla se proponía obsequiar al jefe de otro departamento.

Animado por un espíritu de justicia y al mismo tiempo deseoso de dejar buenos recuerdos entre aquella gente, les indemnizó con regalos de las pérdidas que el apetito de los españoles les había hecho sufrir y al separarse de ellos se despidieron de él con las mayores muestras de afabilidad.

El primero de Mayo prosiguieron las embarcaciones su viaje con rumbo al Occidente, costeano un país de los más pintorescos y viendo con placer que los naturales del país acudían admirados á ver los buques y brindaban á los marineros las frutas y provisiones que tenían, invitándoles á que desembarcasen.

Algunos más atrevidos se acercaban á las embarcaciones en ligeras canoas y llevaban pan de cazabe, pescado y agua para ofrecerlo á los españoles.

En cambio de estos dones les regaló Colon cascabeles y cuentas de abalorio, dejándoles en extremo agradecidos.

Siguiendo la costa llegó á una inmensa bahía de estrecha entrada, pero de anchuroso seno, sobre la que se levantaban por un lado elevadas montañas y por el otro se extendía una pradera salpicada de chozas y con campos tan bien cultivados, que parecían desde lejos huertas y jardines como los que tantas veces habían visto los españoles en las ciudades árabes que conquistaban.

En él ancló Colon [K], siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

Animado por la buena acogida que le dispensaron y deseo de realizar cuanto ántes el propósito de su viaje, por medio del intérprete les preguntó si sabían dónde había oro

Todos le respondieron indicándole al Sur una gran isla en donde aquel metal se hallaba en gran cantidad.

Lo mismo le habian dicho en el primer viaje; se confirmó más y más en que aquella era la isla de Babeque, y deseando explorarla, el día 3 de Mayo, siguiendo por el Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, abandonó la costa de Cuba, y siguió por alta mar el derrotero de la famosa isla.

## CAPITULO LXVI.

### La Jamáica.



A tierra de promision con que soñaba el almirante debia ofrecerle un gran desengaño; y por desgracia, siendo una de sus primeras conquistas, debia verse más tarde en poder de otra nacion envidiosa de los descubrimientos de España y sedienta de poderío en todas las posesiones de allende el mar.

Aquella isla, que muy en breve debia aparecerse á Colon como un nuevo Paraíso, con verdes y risueñas montañas, con praderas granosas y esmeradamente cultivadas, aquella isla, respetada por los caribes, la más apartada de otras islas que habia en aquella parte del Océano, era la Jamáica.

Dos dias y dos noches tardaron en llegar las carabelas á la costa.

Al acercarse, multitud de canoas llenas de indios adornados con plumas de aves y embadurnados con pinturas simbólicas se adelantaron en actitud hostil hácia las embarcaciones de Colon; cerca de ellas prorumpieron en espantosos gritos, manifestaron su fiereza blandiendo lanzas de acana, y parecian resueltos á combatir á aquellos mónstruos que se les presentaban, dando desde luego á los españoles una idea de su carácter belicoso la audacia con que desafiaban el peligro que no conocian.

Una de las canoas llegó á acercarse hasta la *Santa Clara*,